

habian sobrevivido fueron inmolados judicialmente, en atencion á que habiéndose imputado á los capuanos un incendio que estalló poco despues en Roma, se les puso en el tormento, y confesándose culpables fueron condenados al suplicio.

No quedaba, pues, á Anibal más esperanza que el ejército de Asdrubal, su hermano; pero á éste le detenía la guerra no ménos viva, aunque no tan célebre, que se hacía en España. Los dos hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipion habian encontrado á la Península irritada contra los cartagineses, en virtud de la dureza con que exigian los tributos y sacaban las tropas. Al propio tiempo habia sublevaciones en ciertas comarcas, en las que habian sido muertos hasta quince mil soldados. Aquel estado de cosas facilitó las victorias alcanzadas desde luego por los Escipiones, quienes lograron hasta recuperar á Sagunto; pero fueron derrotados á su vez y perecieron ambos (212). Este acontecimiento produjo tal impresion en Roma, que nadie se atrevía á pedir el mando vacante, cuando se presentó Publio Cornelio Escipion, que tenia solamente veinticuatro años, para vengar á su padre y á su tío. Este jóven, que debía recibir más tarde el sobrenombre de Africano, moderaba con la amabilidad, fruto de la educacion griega, el heroísmo de los antiguos patricios. Se inclinaba en favor de la nobleza, si bien halagaba al pueblo á fin de sacar de él partido. Segun cumplia á su propósito sabia prevalerse ó reirse de las leyes, de la religion y de los tratados; era en fin, uno de aquellos hombres, cuya popularidad y cuyo ejemplo son poderosos para producir la servidumbre de una ciudad libre.

Reanimó el valor abatido de las legiones, asegurándoles que Neptuno le ordenaba ir á través de las fuerzas cartaginesas á asediar á Cartagena, arsenal y granero del enemigo; la sitió y la tomó por asalto. Puso Escipion en planta la ley que prescribia á los romanos pasar á cuchillo, cuando penetraban en una ciudad, hombres y animales útiles, incluso los perros.

Dió libertad con las demostraciones más afables á los rehenes españoles que encontró dentro, así como á las mujeres, á quienes preservó de todo insulto; esto le granjeó en gran

manera el afecto de los moradores del país, como puede imaginarse fácilmente.

Sin embargo, no pudo impedir á Asdrubal que condujera un ejército á Italia (208). Este general, á quien llama Diodoro el más grande despues de Anibal, atravesó en una rápida marcha los Pirineos y los Alpes; ya Anibal se regocijaba de su próximo arribo, cuando le fué arrojada su cabeza al campamento. Habia sido derrotado y muerto por los cónsules Livio Salinator y Claudio Neron cerca del Metauro (207).

De este modo se trataba al hermano de aquel Anibal, que habiendo recibido mucho tiempo antes el cadáver de Sempronio Graco, vencido por Magon, en vez de dividirlo en pedazos, como le aconsejaban los suyos, le habia honrado con magníficas exequias, enviándole despues al campamento de los romanos.

No le quedaba otro recurso que mantenerse á la defensiva, formándose una barrera con los Abruzos, barrera insuperable cuando está custodiada por hombres. Tan admirable fué la prudencia acreditada por Anibal en los reveses, que llegó á imponer al enemigo hasta el punto de no osar atacarle, á pesar de lo debilitado y malparado que se encontraba su ejército.

Compuesto éste de mercenarios, gentes de todos los países, diferentes entre sí en lenguaje, religion y costumbres, siguió no obstante repetándole, al revés de lo que suele acaecer cuando cambia la fortuna; no se amotinó contra su general, aun viéndose repelido á la extremidad de la Italia, que ántes recorría victorioso, y careciendo de paga y hasta de víveres con mucha frecuencia. Cartago intentó nuevamente enviarle socorros, haciendo desembarcar en Génova á su hermano Magon al frente de catorce mil hombres (205); éste se dió maña para atraer á sus filas á los ligurios, y aumentadas sus fuerzas, penetró en la Galia, donde se mantuvo largo tiempo; pero vencido al fin, fue otra vez llamado á su patria. Tambien enviaron los cartagineses á Ímilcon á Sicilia; pero la guerra se arrastraba en todas partes lentamente, como sucede cuando ni en uno ni otro bando hay osadía para intentar un golpe atrevido. Escipion era quien debía descargarlo.

La marcha de Asdrubal le habia facilitado la conquista de toda la España cartaginesa hasta Cádiz, y la victoria, que le habia sido fiel

constantemente, le valió ser elegido cónsul antes de la edad requerida. Entonces pensó en ejecutar el unico proyectó, capaz en su sentir de poner término á la guerra, no desembarco en Africa. A este fin habia ya celebrado una alianza con Syfax, rey de Numidia; pero se oponian á esta expedicion los antiguos generales de Roma, ora fuese por envidia, ora fuese por prudencia, y no sin gran trabajo obtuvo treinta galeras. Suplió á la mala voluntad del Senado el ardor de los italianos, deseosos de librarse de las devastaciones continuas de las bandas de Anibal, no teniendo ya que aguardar la libertad prometida. Sacaron de sus arsenales los etruscos armas y cordajes, restos todavia riquísimos de su antigua grandeza. Populonia suministró hierro; Tarquina teles; Arecio 30.000 escudos, cascos, javalinas, cincuenta mil picas largas y todo cuanto se necesitaba de hachas, tablones, faginas, vasijas para el agua y utensilios diversos; los habitantes de Clusio, de Perusa y de Ruselas suministraron los abetos; de suerte que Escipion reunió en Sicilia un armamento formidable, y desembarco en Africa, mientras aparentaba hallarse sumergido en el deleite y la molicie.

Choca mucho que Cartago no le opusiera ninguna escuadra durante la travesía. Escipion halló que Syfax se habia puesto del lado de los cartagineses á instigacion de Sefonsiba, hija de Anibar Giscon, que empleaba su belleza en suscitar enemigos á Roma. Derrocóle del trono sustituyéndole Massinisa, valeroso guerrero, que, despues de haber cumplido ochenta años, permanecía á caballo un dia entero. Anhelante de tomar venganza de los que le habian arrebatado el reino que acababa de recuperar en aquel momento, no contribuyó poco este príncipe á la victoria que Escipion alcanzó al fin sobre los cartagineses (203). Habiendo caido Syfax en sus manos, le robó Sofonisba, cuyos hechizos pudieron tanto con aquel anciano que la hizo su esposa. A impulsos de la ira que Syfax experimentaba, persuadió á Escipion que no ejercería ella ménos influjo sobre el corazón de Massinisa que el que habia ejercido sobre el suyo, induciéndole asimismo á hacer traicion á los romanos. Exigió, pues, el cónsul al rey numida que le fuese entregada; éste monta á caballo, vá en su busca, le presenta la copa

envenenada y se retira: *Os doy gracias por este regalo de boda*, exclama aquella mujer intrépida, y la apura. Massinisa puso de manifiesto su cadáver á los romanos que iban á buscarla, y Escipion ciñó á las sienas del numida la corona que habia merecido por el asesinato.

Viéndose Cartago estrechada por todas partes llamó á Anibal y á Magon á su seno. ¡Con cuánto pesar no abandonaría Anibal aquel hermoso país que habia contemplado tanto tiempo como presa suya! Habíalo recorrido por espacio de diez y seis años, saqueándolo y devastándolo á su tránsito y reduciendo al último apuro así á sus amigos como á enemigos, exterminando las familias que le hacian traicion ó á quienes temia, ó á aquellas cuyas riquezas codiciaba para mantener sus mercenarios. En el momento mismo de abandonarlo fingió querer inspeccionar las fortalezas de sus aliados y envió comisionados para que expulsaran y saquearan á los ciudadanos; y los que intentaron resistir á exacciones tan indebidas fueron víctimas de sangrientas violencias.

Hubiera querido llevar á Africa cerca de veinte mil italianos que peleaban bajo sus banderas, mas como se negasen á ello todos, á excepcion de los delincuentes, les dió á éstos últimos por esclavos; avergonzándose ellos mismos de verse convertidos en carceleros de sus hermanos, juntó Anibal á aquellos residuos de auxiliares indígenas cuatro mil caballos y gran número de acémilas, é hizo de todo una terrible matanza.

Tales eran las huellas que dejaba Annibal en pós de sí, para señalar su paso. Apenas recibió Cartago dentro de sus muros al gran general recobró todo su aplomo; rompió la tregua jurada, maltrató los bastimentos romanos impelidos por la tempestad á la costa, y estuvo á punto de dar mala cuenta de los embajadores que habian llegado en demanda de una reparacion. No obstante, Anibal no tenía prisa de vencer, y respondia á los que le estrechaban á presentar batalla, que se mezclasen en lo que les atañía, pues lo de saber si convenia manobrar ó no moverse, era de su exclusiva incumbencia. En una conferencia con Escipion, le ofreció la cesion de la Sicilia, de la Cerdeña y de la España. Escipion se negó á ello; vinieron á las manos en Zama, y aun cuando los celtas

y los ligurios, que componían la tercera parte del ejército púnico, combatieron con toda la animosidad de la raza gala contra la nación romana, Aníbal fué vencido.

Entonces prevaleció la opinión de los que querían entrar en convenios, y celebraron la paz bajo las siguientes estipulaciones: Cartago conservaba su territorio y su gobierno, entregando todos sus elefantes y todas sus naves, á excepción de los triremes; se obligaban á pagar 10.000 talentos en el término de cincuenta años; á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma; á restituir á Massinisa, todo lo que habían poseído sus progenitores y á dar cien rehenes.

Esta era una de aquellas paces, que vulneran la soberanía de un pueblo. Cartago vió como se le arrebatában las quinientas naves con que no había sabido estorbar el desembarco de Escipión; tuvo necesidad de permitir á sus puertas la vecindad del turbulento Massinisa, ocupado de continuo en dañarla, sin que le fuera lícito declararle guerra. Cuando el embajador cartaginés se presentó en Roma para solicitar la sanción del tratado, un senador le hizo la siguiente pregunta: *¡A qué dioses invocareis ahora en testimonio, después de haber sido perjuros á todos!*—*A aquellos*, respondió el cartaginés *que con tanto rigor nos han castigado. ¡Muy humillada se sentía Cartago!*

El despecho de semejante humillación elevó á la cumbre del poder á Aníbal, que fué el único que permaneció en pie cuando todos yacían por tierra en torno suyo. Seis mil quinientos mercenarios habituados á vencer y á vivir del botín bajo sus órdenes en España y en Italia, le hacían señor absoluto dentro de la desarmada Cartago. Se hizo, pues, nombrar sufeto y emprendió la reforma del gobierno. Viendo que la gerusia se había abrogado un poder tiránico sobre las haciendas y las personas, de perpétuas que eran, hizo anuales las magistraturas. Escarneciendo á aquellos mercaderes que se desconsolaban por tener que pagar el primer plazo del tributo impuesto, mucho más de lo que se habían desconsolado al ser incendiada su escuadra, mejoró la administración de las rentas, recobró los antiguos créditos, ordenó que volviera al fisco el dinero mal adquirido y probó que las represiones de los antiguos con-

fusionarios pueden producir más que un nuevo impuesto. Hizo redundar en su provecho la ociosidad de sus soldados empleándoles en plantar olivos, con la esperanza de que la agricultura y el comercio ayudaran á ingerir nueva sangre en las venas agotadas de Cartago, que quería convertir en centro de una grande coalición contra Roma.

## CAPÍTULO XX.

Guerras de Roma en Europa y en Asia.

Fuerte Roma, se entregaba al orgulloso júbilo de una gran victoria. Si había visto durante una larga guerra devastados por Aníbal su territorio y el de sus aliados, acababa de asegurar su dominación en toda Italia, en los mares y en provincias florecientes. En lo interior había adquirido el Senado la preponderancia que naturalmente adquiere en una república belicosa, y quería conservarla. Aplicábase, pues, la prudencia de los hombres de Estado á dirigir con destreza el brazo de los valientes defensores de la patria. Cuando el arte militar había decaído en los demás países al pasar á manos de mercenarios, ó no teniendo otras reglas que el ímpetu desordenado de la muchedumbre en unas partes, y el capricho de los tiranos en otras, para Roma consistía ménos en ganar batallas que en preparar poco á poco victorias con ayuda de una intervención pacífica, de diestras maniobras, de una constancia artificiosa, ora para impedir, ora para disolver todas las coaliciones que la envidia ó el amor de la independencia procuraban oponer á sus conquistas.

Roma tenía que combatir en Oriente y en Occidente á muy diversos enemigos. Desde el año 206 formaba España dos provincias romanas, la Citerior y la Ulterior. Doblada, pero no domeñada, se alzaba con obstinación indecible contra su dominadora. Juntábanse los españoles por asociaciones numerosas, cuyos miembros estaban ligados con juramento de vida y muerte; ni uno sólo era perjuro ó no sobrevivía á los demás. Una madre cántabra prefirió matar á su hijo á dejarle en poder del enemigo; un hijo, por mandato de su padre, restituyó la libertad á sus deudos encadenados dándole muerte. Al espirar en la cruz los prisioneros

neros entonaban canciones bélicas é insultaban á sus verdugos. ¿Debe causar asombro que se insurreccionaran gentes de este calibre y exterminaran al pretor Sempronio Tuditano y á su ejército todo?

Magon había dejado en la Galia cisalpina á un guerrero experimentado, llamado Amilcar, que prefería una vida agitada en medio de los enemigos de Roma á la tranquilidad sin gloria de que hubiera podido gozar en Cartago. Supo excitar de tal modo á los cisalpinos, boios, insubrios, cenomanos y ligurios, que se ligaron mutuamente incendiaron la colonia de Plasencia y amenazaron á Cremona (201); pero fueron vencidos bajo los muros de esta última ciudad por Lucio Furio, y pereció el mismo Amilcar peleando. La suerte de la guerra varió en el año siguiente. Resuelta después Roma á acabar con ella, invadió á la vez por una parte la Liguria y por otra la Insubria (197); pero le fué de suma utilidad ganar á los ávidos cenomanos, que en el furor del combate se pasaron á los romanos causando la total derrota de los galos (195). No bastó este revés á subyugar á los boios y los insubrios; diéronse aún grandes combates antes que Claudio Marcelo se apoderase de Comos y de veintiocho plazas fuertes, de las cuales sacó un inmenso botín que llevó á Roma. Fueron enviados aún tres ejércitos más contra ellos en el trascurso de los años siguientes. Uniendo á la disciplina el encarnizamiento del odio nacional, assolaban todo el país. Era tal el estrago (192), que algunos de los más ricos habitantes iban á refugiarse al lado de los mismos romanos, donde por lo común sufrían los más atroces tratamientos. Un mancebo, objeto de los vergonzosos amores de Quintio Flaminio, se quejaba de haber tenido que abandonar á Roma por seguirle en la víspera de una lucha de gladiadores, espectáculo que le divertía mucho. Estaban aún ambos en la mesa haciendo ostentación de excesos y obscenidades, cuando se anuncia á Flaminio que acaba de llegar un jefe de boios con su familia. Es introducido acompañado de los suyos; expone su petición y reclama protección y hospitalidad. Un pensamiento terrible se apodera de la imaginación de Flaminio, y volviéndose á su favorito:—Me has sacrificado, dice, el placer de una lucha de gladiadores; voy á recompensarte con el es-

pectáculo de la muerte de estos galos.—Al decir estas palabras, blandiendo su espada hiera á los galos, quienes invocando en vano la fé divina y humana, caen asesinados. Ocho años se pasaron y sólo bajo la censura del severo Catón fué cuando se pidió cuenta á Flaminio de este hecho.

Júzguese de qué modo obraría la soldadesca procediendo el cónsul de esta manera; dígame á cuál de los dos bandos cuadraba el epíteto de bárbaro. Escipión Nasica mató un día á veinte mil boios, y á tres mil los cogió prisioneros (191). Cuando pidió al Senado los honores del triunfo, se jactó de no haber dejado con vida en el país más que á los niños y á los ancianos, é hizo marchar detrás de su carro á los más nobles prisioneros galos, confundidos con los caballos; este era el hombre que por su virtud había sido recompensado. Entonces depositó en el tesoro de la república mil cuatrocientos setenta collares de oro, doscientas cuarenta y cinco libras del mismo metal, dos mil trescientas cuarenta libras de plata en barras y en vasijas de fábrica gala; por último, doscientas treinta mil monedas de plata. Enviado acto continuo á la Galia Cisalpina para poner remate á su obra, ocupó á mano armada el territorio confiscado; pero inspiraron tal horror las enseñas romanas, que los débiles residuos de ciento doce tribus boias, prefirieron emigrar y se trasladaron á la confluencia del Danubio y del Sava. A la sazón quedó raído del suelo italiano hasta el nombre de los boios, de los lingones, de los anamanos. Pobláronse de nuevo las colonias de Plasencia, Cremona y Mutina, fundándose las de Parma y Bolonia. Sometiéronse al yugo los insubrios; recibieron los cenomanos el precio de su perfidia; también cedieron los venetos; resistieron más tiempo los ligurios á las fechorías de los romanos, aunque al fin sucumbieron á la fuerza (187).

Habían ocupado los galos la alta Italia por espacio de cuatrocientos años desde el tiempo de Beloveso. Desde entonces formó el país la provincia de la Galia Cisalpina ó *Togata*, y Roma declaró que la naturaleza había levantado los Alpes entre los italianos y los galos: ¡desventurados de éstos si tenían la osadía de volver á salvar aquellos montes!

Por lo que hace á Oriente, hemos visto agru-